



De la creación a la pascua

Libro para colorear





Cuando Dios creó el mundo, todo era perfecto. No había pecado. Adán y Eva se amaban uno al otro, y amaban a Dios. No había enfermedad ni muerte. Así era como Dios quería que fuera el mundo.



Satanás habló a través de la serpiente en el huerto para engañar a Eva. Entonces, ella y Adán pecaron contra Dios. Porque ellos pecaron, toda persona en la tierra se enferma y toda persona muere.

Porque Adán y Eva pecaron, algo aún más terrible sucedió. La relación entre Dios y las personas fue rota por el pecado. Pero Dios tenía un plan para reparar aquella relación.



Cientos de años después, Dios habló a un hombre llamado Abraham. Dios le dijo: “Deja tu tierra y tu familia y ve a la tierra que yo te mostraré. Te bendeciré y haré de ti una gran nación. Todas las familias de la tierra serán benditas por ti”.

Abraham obedeció. Tomó a su mujer, Sara, junto con todos sus siervos y todo lo que tenía y fue a la tierra que Dios le había mostrado, la tierra de Canaán.

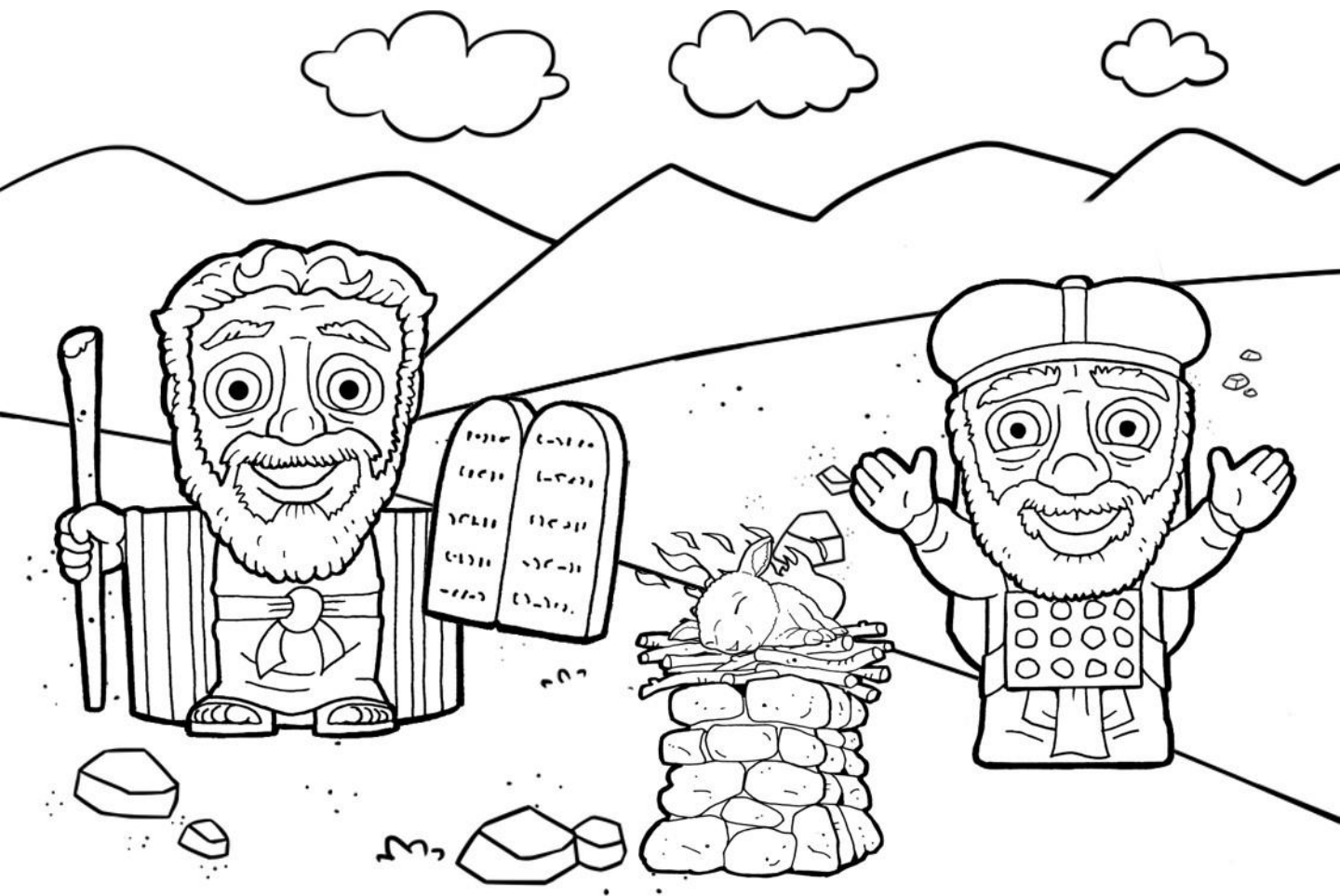


Pasaron muchos años, pero Abraham y Sara todavía no tenían hijo. Dios le habló a Abraham y le prometió otra vez que él tendría un hijo y muchos descendientes como las estrellas en el cielo. Abraham creyó la promesa de Dios.

Dios cumplió Su promesa. Sara, la esposa de Abraham, dio a luz a Isaac, antepasado de los judíos [Israelitas]. Y la sierva de Sara, Agar, engendró a Ismael, padre de los árabes.

Dios dijo a Abraham, “Todos los grupos de personas de la tierra serán bendecidos por ti.” Jesús era un descendiente de Abraham. Todos los grupos de personas son bendecidos por él, porque cada persona que cree en Jesús es salvada del pecado, y llega a ser un descendiente espiritual de Abraham.

Ahora que pertenecen a Cristo, son verdaderos hijos de Abraham. Son sus herederos, y la promesa de Dios a Abraham les pertenece a ustedes. (Gálatas 3:29, NTV)



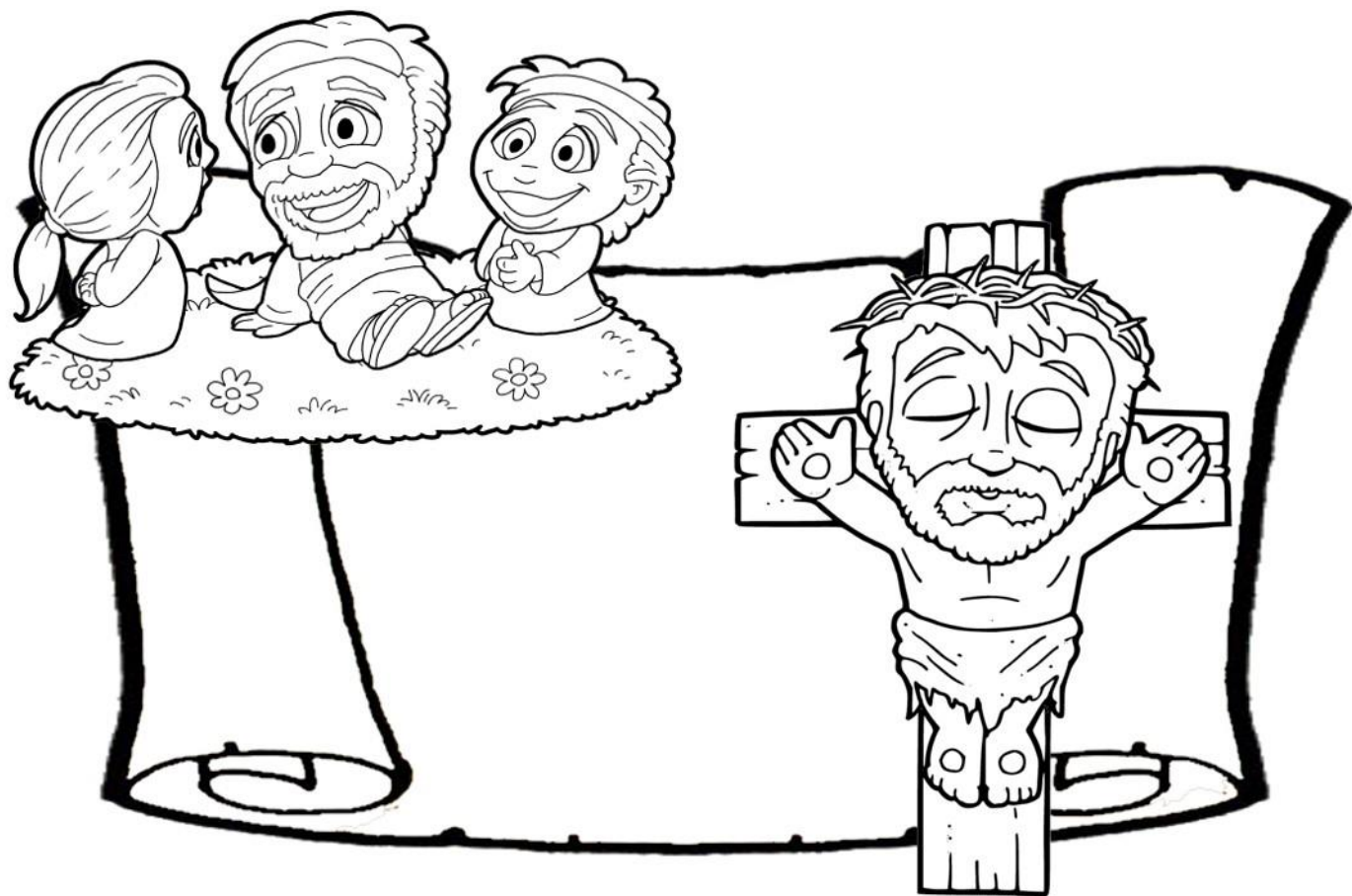
Dios hizo un pacto con los israelitas. Entonces, Dios escribió estos diez mandamientos en dos tablas de piedra y las dió a Moisés. Dios también, dió muchas otras leyes y reglas para seguir. Si la gente obedecía estas leyes, Dios había prometido que les bendeciría y les protegería. Si las desobedecían, Dios les castigaría.

Cualquier persona que desobedecía la ley de Dios podría traer un animal al altar frente de la carpa de reunión como un sacrificio a Dios. Un sacerdote mataría el animal y lo quemaría en el altar. La sangre del animal que era sacrificado cubría el pecado de la persona y hacía que la persona fuera limpia a la vista de Dios.



A lo largo de la historia de los israelitas, Dios les envió profetas. Los profetas escuchaban mensajes de Dios y luego decían a la gente estos mensajes de Dios.

A través del profeta Jeremías, Dios prometió que iba a hacer un Nuevo Pacto, pero no como el pacto que Dios hizo con Israel en el Sinaí. En el Nuevo Pacto, Dios escribiría su ley en el corazón del pueblo, el pueblo conocería a Dios personalmente, y ellos serían su pueblo. El Mesías comenzaría ese Nuevo Pacto.



El profeta Isaías dijo que el Mesías viviría en Galilea, consolaría a las personas de corazón roto, y proclamaría libertad a los cautivos y libertaría a los prisioneros. También, predijo que el Mesías iba a sanar a los enfermos y a los que no podían oír, ver, hablar o caminar.

El profeta Isaías también, profetizó que el Mesías sería odiado sin razón y rechazado. Otros profetas predijeron que un amigo lo traicionaría. El profeta Zacarías predijo que a uno de sus amigos se le pagaría treinta monedas de plata como pago por traicionar al Mesías.

Los profetas también, hablaron de cómo el Mesías iba a morir. Isaías profetizó que la gente escupirían, se mofarían, y golpearían al Mesías. Ellos le atravesarían y moriría en un gran sufrimiento, a pesar de que él no había hecho nada malo.



Cientos de años después, un ángel vino con un mensaje de Dios a un viejo sacerdote llamado Zacarías. Zacarías y su esposa, Elisabet, eran personas piadosas, pero no habían podido tener hijos.

El ángel le dijo: "Zacarías, Tu mujer tendrá un hijo. Le pondrás por nombre Juan. ¡Él será lleno del Espíritu Santo, y preparará al pueblo para el Mesías!"



Juan, hijo de Zacarías y Elisabet, creció y se convirtió en un profeta. Vivía en el desierto, comía miel silvestre y langostas, y se vestía con ropa hecha de pelo de camello.

Mucha gente venía al desierto para escuchar a Juan. Él les predicaba, diciendo: "¡Arrepiéntanse, porque el reino de Dios está cerca!"

Algunos judíos preguntaron a Juan si él era el Mesías. Juan respondió: "Yo no soy el Mesías, pero hay alguien que viene después de mí. Él es tan grande que ni siquiera soy digno de desatar sus sandalias."



Al día siguiente, Jesús vino para ser bautizado por Juan. Cuando Juan lo vio, dijo: "¡Miren! Allí está el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo."

Juan le dijo a Jesús: "Yo no soy digno de bautizarte. En lugar de ello tú deberías bautizarme a mí." Pero Jesús dijo: "Tú debes bautizarme, porque hay que hacer lo que es correcto." Así que Juan lo bautizó, a pesar de que Jesús nunca había pecado.

Cuando Jesús salió del agua después de ser bautizado, el Espíritu de Dios se apareció en forma de paloma, y bajo y se posó sobre él. Al mismo tiempo, la voz de Dios habló desde el cielo, diciendo: "Tú eres mi Hijo, a quien amo, y estoy muy complacido contigo."



Entonces, Jesús se fue por toda la región de Galilea, y grandes multitudes vinieron a él. Trajeron muchas personas que estaban enfermas o con discapacidades, incluyendo los que no podían ver, caminar, oír, ni hablar, y Jesús los sanó.

Jesús sintió gran compasión hacia las personas. Para Jesús, estas personas eran como ovejas sin pastor. No dijo que hubiera que celebrar aparatosos cultos en fastuosos templos. Nunca enseñó a la gente que tenía que observar complicados ritos ni reglas difíciles de cumplir. Lo único que hizo fue pregonar y manifestar amor.

Jesús dijo que el primer y mayor mandamiento es amar: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Y el segundo es semejante —casi igual, casi lo mismo— : amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22:37-39).



Cada año, los judíos celebraban la Pascua. Esta era una celebración de cómo Dios había salvado a sus antepasados de la esclavitud en Egipto muchos siglos antes. Cerca de tres años después de que Jesús empezara a predicar y enseñar públicamente, Jesús dijo a sus discípulos que él quería celebrar esta Pascua con ellos en Jerusalén, y que él sería asesinado allí.



Uno de los discípulos de Jesús era un hombre que se llamaba Judas. Judas era encargado de la bolsa de dinero de los apóstoles, pero él amaba el dinero y con frecuencia robaba dinero de la bolsa. Después de llegar Jesús y sus discípulos a Jerusalén, Judas fue a los líderes de los judíos y les ofreció entregarles a Jesús por dinero. Él sabía que los líderes de los judíos negaban que Jesús fuera el Mesías y que ellos estaban haciendo planes para matarle.

Los líderes de los judíos, liderados por el sumo sacerdote, pagaron a Judas treinta monedas de plata por traicionar a Jesús. Esto sucedió tal como los profetas lo habían profetizado. Judas consintió, recibió el dinero, y se fue. Él empezó a buscar una oportunidad para ayudarles a arrestar a Jesús.



En Jerusalén, Jesús celebró la Pascua con sus discípulos. Durante la cena de la Pascua, Jesús tomó un pan y lo partió. Él dijo, “Tomen y coman esto. Esto es mi cuerpo, que es dado por ustedes. Hagan esto en memoria de mí.” De esta manera, Jesús dijo que su cuerpo sería sacrificado por ellos.

Entonces, Jesús levantó una copa y dijo, “Tomen esto. Es mi sangre del Nuevo Pacto que es derramada por el perdón de pecados. Hagan esto para recordarse de mí cada vez que la toman.”



Entonces, Jesús fue con sus discípulos a un lugar llamado Getsemaní. Jesús oró “Padre mío, si es posible, por favor, no permitas que yo pase por este sufrimiento. Pero si no hay otra manera en que los pecados de la gente sean perdonados, entonces, que se haga tu voluntad.”

Judas vino con los líderes de los judíos, los soldados, y mucha gente. Ellos tenían espadas y palos. Judas se acercó a Jesús y le dijo, “Saludos, Maestro,” y lo besó. Esta fue la señal a los líderes de los judíos para que supieran a quién arrestar. Después que Jesús fue arrestado, todos sus discípulos se escaparon.



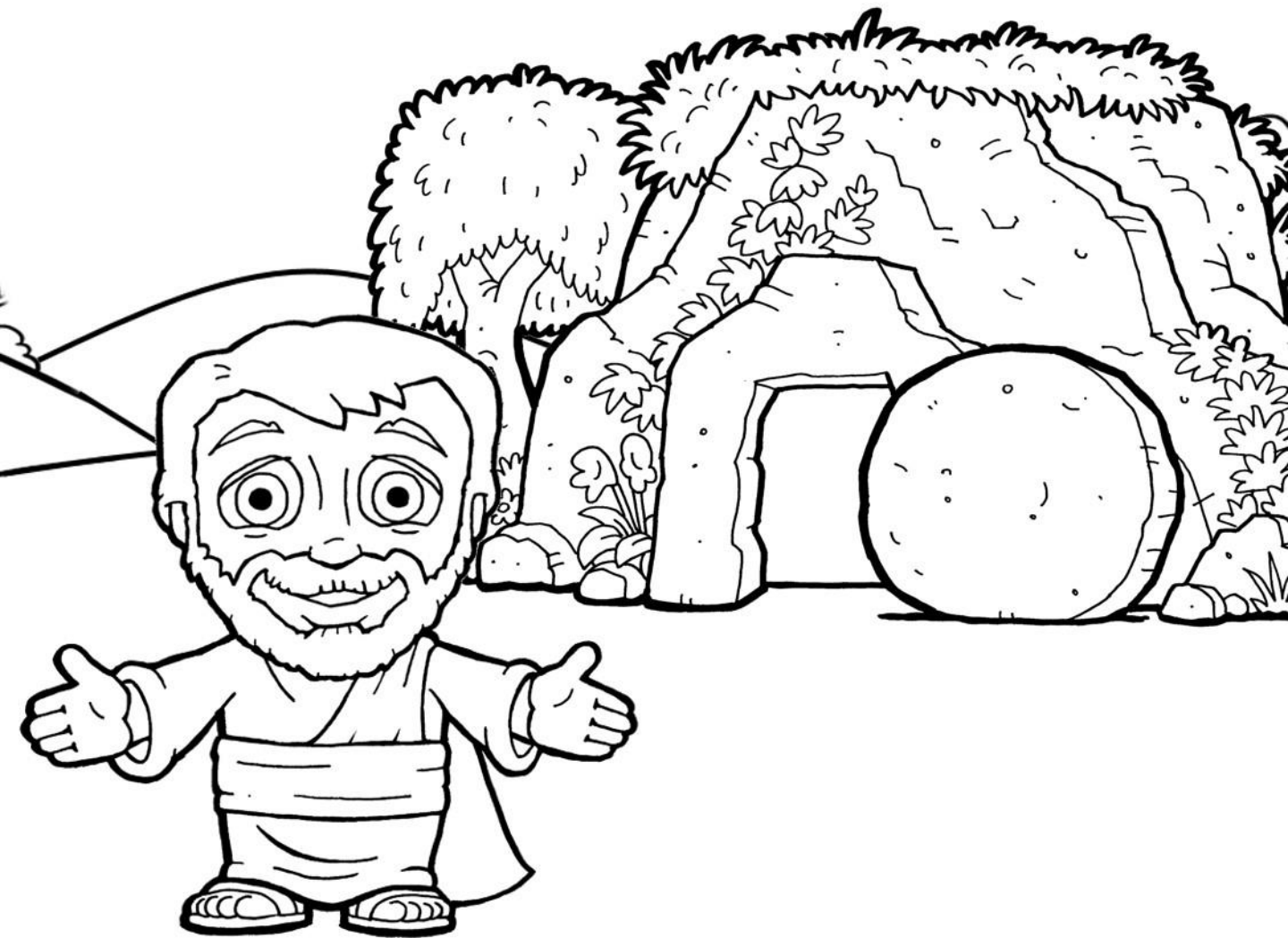
Los líderes de los judíos llevaron a Jesús a Pilato, el gobernador romano. Ellos esperaban que Pilato condenara a Jesús como culpable y le sentenciara a la muerte.

Después de hablar con Jesús, Pilato se presentó a la muchedumbre y dijo, "No encuentro culpa en este hombre." Pero los líderes religiosos y la muchedumbre gritaban, "¡Crucifícalo!" Pilato respondió, "No es culpable." Pero ellos gritaron más fuerte. Pilato tuvo temor que la multitud empezara a juntarse, así, que él ordenó a los soldados que crucificaran a Jesús.



Jesús no tuvo que morir, pero optó por ofrendar la vida por ti y por mí.

Todos sin excepción hemos actuado mal en ocasiones y nuestros pecados nos separan de Dios, el cual es absolutamente perfecto. De ahí que para acercarnos a Él, Dios sacrificara a Jesús, Su propio Hijo, quien se ofreció a cargar con nuestros pecados. Jesús asumió entonces el castigo que merecíamos y sufrió la espantosa agonía de la crucifixión para que por medio de Su sacrificio halláramos perdón y remisión de nuestros pecados.



Pero ni siquiera Su muerte satisfizo a Sus celosos enemigos. Para impedir que Sus seguidores sustrajeran el cuerpo y afirmaran que había resucitado, cerraron el sepulcro con una enorme piedra y apostaron en el lugar a un grupo de soldados romanos para que lo custodiaran.

Aquella estratagema resultó inútil, pues esos mismos guardias fueron testigos del más grandioso de los milagros. Tres días después que Su cuerpo fuera depositado en aquel frío sepulcro, resucitó, triunfando sobre la muerte y sobre el infierno para siempre.



Después de Su resurrección, Jesús apareció a centenares de seguidores Suyos, para animarlos, fortalecerlos y consolarlos. Les dijo que se disponía a volver junto a Su Padre celestial, pero que siempre los acompañaría en espíritu, que viviría en sus corazones eternamente. Hizo también a Sus seguidores una promesa maravillosa: les aseguró que un día regresaría.

Si bien muchos grandes maestros han vertido enseñanzas sobre el amor y sobre Dios, Jesús es el único que murió por los pecados del mundo y que resucitó de entre los muertos.

Si no conoces personalmente a Jesús o no has recibido Su perdón y la vida eterna que Él te ofrece, te invitamos a hacer la siguiente oración:

Te agradezco, Jesús, que me hayas redimido pagando por mis errores y mis faltas. Te ruego que entres en mi corazón, me perdones y me concedas el regalo de la vida eterna. Amén.

www.freekidstories.org

- Foreground images by www.freechristianillustrations.com. Used under [Creative Commons Attribution Non-commercial 4.0 International license](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/). Background images courtesy of Pixabay.

Text adapted from the writings of D.B. Berg (used by permission) and www.openbiblestories.org (used under [Creative Commons Attribution-ShareAlike 4.0 International License](https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/))